

INTRODUCCIÓN

Sin pretensiones de resumen definitivo, con toda la modestia de las notas que día a día se agrupan en el recuerdo, se presenta tras este prefacio un intento de anales o crónicas que no pueden ser perfectas desde el momento en que para su confección no entiendo otra ayuda que mi autobiografía. Toda la narración va hilvanada a través de mi actuación en el frente de Guadalajara siempre modesta, pero activa e ininterrumpida. He intervenido en todo lo que describo con detalle, en todos los hechos de la carretera de Soria y de la Sierra y en las jornadas memorables de la ofensiva italiana. A partir de esa fecha no he intervenido sino en la XII División, que queda en este relato más informada que las restantes; pero como todos los sucesos de la pugna en este frente se han desarrollado entre las tres principales vías de comunicación, las dos carreteras y el ferrocarril, no será el apuntado el mayor defecto. Menos desde luego que el desaliño, lo escueto del estilo y lo árido de la narración. Pero es que esto no es un reportaje, sino un pequeño elemento para ayudar a los futuros historiadores de la Guerra Civil. Reportajes hay demasiados y este libro no aspira a ser uno más. Es la exposición de los hechos presentada con toda la posible objetividad por quien ha pasado en la guerra por todos los barros, frío y lluvia de Guadalajara. Estos han sido tantos que el libro que quiero presentar lo hubiera deseado furiosa, implacablemente agresivo contra la miserable retaguardia que había que tolerar, pero para poder presentar ese libro agresivo hay que ofrecer antes este resumen, serio y tan oficial de lenguaje, tan seco y desprovisto de retahíla como un parte del Ministerio de Defensa.

No creo que nadie esté conforme con mi modo de contar la guerra; pero el libro documentado en fechas, cifras y datos no debía hacerlo un combatiente, sino alguno de los voceadores de republicanismo y patriotismo que desde la retaguardia lanzaban consignas y locos llamamientos. Seguramente tampoco lo harán ellos, pero yo no les culpo. Vaya este resumen conciso y apretado para dar lugar a mi libro sobre, o mejor dicho, contra la retaguardia. Y los que lean estas páginas piensen que el libro es muy barato, muy barato comparado con la continua odisea que durante dos años he vivido en una de las tierras más antipáticas y propicias al fascismo de España. En la fea, pobre y triste provincia de Guadalajara.

* * *

Guadalajara es una capital de provincia de las de antes, tan extremadamente reaccionaria como su provincia. Clericalismo mantenido por la sede de Sigüenza, militarismo incubado durante largos años por la academia militar de la capital y cacicato eternamente cultivado por los ejércitos de caciquillos rurales a las órdenes de Romanones, eran las características típicas de esta tierra en vísperas de la sublevación. La República no había entrado en Guadalajara y era francamente combatida en toda su tierra. De este modo no es extraño que en las elecciones del 16 de Febrero fuera derrotada la candidatura del F.P. por los reaccionarios Valenzuela, Arizcun y Villabragima que coparon todos los puestos, tras una violenta campaña de descrédito de la República. Ninguna otra provincia quedaba tan abonada para el levantamiento fascista como la triste Guadalajara¹.

¹ Una ciudad próxima a la capital de la República, en la que convergen dos carreteras, una castellana y otra aragonesa y comunicada por una tercera vía,

La traición se consumó aquí con las mayores garantías de éxito. El domingo 19 y lunes 20 de julio podía creerse entre los ingenuos dirigentes civiles de la capital alcarreña que no había de temerse ningún suceso. Hubo las consabidas palabras de honor, las rituales cortesías entre gobernador y sublevados que parecían de rigor para facilitar el movimiento. Pero ante los constantes cabildeos, idas y venidas de los presuntos rebeldes, los proletarios se pusieron en guardia y no ciertamente por el peligro local, sino por la insistente noticia de la próxima llegada de una fuerte columna fascista, que iba a entrar en la provincia por la carretera de Francia, y que no era otra que la de Mola, que ya se había sublevado en Pamplona, y marchado contra Soria, de aquí provenían los rumores. Como veremos, no era un bulo sino un peligro cierto, pero otro mayor amenazaba a Guadalajara.

No había en la capital, aparte de la Guardia Civil y de Seguridad, otra fuerza que el Regimiento de Aerostación cuyos jefes y oficiales eran todos fascistas, y de ellos sobresaliente el Comandante Ortiz de Zárate, que recibido por los también Comandantes San Román y Palanca y el Capitán Javaloyes sublevaron el regimiento en las primeras horas de la tarde del 21 de Julio, es decir, 24 horas después de fracasar los rebeldes de los cuarteles de Madrid. Los rebeldes salieron del cuartel de Aerostación y del regimiento de Globos y unidos a los falangistas, abundantemente armados, subieron por la calle principal de Guadalajara

la férrea, en la España que desde antes del levantamiento era facciosa, forzosamente debía ser controlada para los primeros planes de los generales rebeldes. Hubiera bastado la anterior consideración para prever todo, pero en las altas esferas de la República nada estaba previsto. Después de la explosión primera nada se hizo con los presuntos traidores y apareció la traición.

disparando fusiles y ametralladoras, aunque no encontraron resistencia más que por parte de núcleos de obreros aislados. Al llegar a la Plaza de Marlasca se unieron a los facciosos los Guardias Civiles y de Seguridad que habían dado palabra de fidelidad a la República. Fueron fácilmente tomados el Gobierno y el Ayuntamiento, clausurados los centros antifascistas y detenidos multitud de ciudadanos. Al acabar la jornada, la capital quedaba enteramente entregada a los insurrectos².

La proximidad de Guadalajara a Madrid y la sublevación de Alcalá de Henares facilitaron la liberación. El coronel Jiménez Orge, a la cabeza de 2.000 hombres, entre milicianos, Guardias Civiles y de Asalto leales, había entrado en Alcalá y seguía a Guadalajara en la mañana del 22. Desde la madrugada la ciudad había sido hostilizada por la aviación leal. A las 11 de la mañana empezaron nuestras baterías, que habían llegado retrasadas, a batir los reductos facciosos: el punto de mayor resistencia fue el puente del Henares, que estaba guardado por ametralladoras. En este punto el encuentro revistió la máxima violencia; pero desalentados los soldados de aerostación fueron abandonando la lucha y llegó un momento en que el Comandante Ortiz de Zárate quedó solo [saliendo] en [máquina] hasta que fue muerto por los leales. Abierto el camino de la ciudad, las baterías emplazadas cerca del campo de tiro siguieron batiendo los cuarteles y las casas, y por la tarde, con un calor agobiante, se generalizó la lucha en el interior de la ciudad, que

²No habiéndose previsto el peligro por el mando político de la provincia, la reacción quedaba a merced de iniciativas particulares; unos pocos hombres de izquierdas, entre ellos algún sargento de Aerostación, pudieron llegar a Madrid y poner los hechos en conocimiento del General Barceló, Ministro de la Guerra.

quedó sometida y limpia de facciosos y restablecidas sus autoridades aquella misma noche. Los rebeldes tuvieron más de cien muertos, entre ellos todos los jefes de la sublevación³. Se había conjurado un peligro, pero otro no menos cierto amenazaba los confines de la provincia con las facciosas Soria y Zaragoza y, para atajarlo, el coronel Jiménez Orge la misma noche del 22 estableció su cuartel general en Taracena, para hacer frente a los peligros que pudieran venir por las dos carreteras que se concentran en dicho punto. Por una de ellas, la de Francia, habían avanzado los facciosos.

El 21 de julio la columna de Mola, compuesta de rebeldes, falangistas, requetés y reaccionarios de toda clase, había alcanzado Soria cometiendo abundantes y salvajes desafueros y sin lucha, como hasta entonces pensaba entrar en Madrid pasando por Guadalajara y contando con la sublevación de esta plaza. Era la columna tan esperada en Guadalajara. En realidad no era sino una tremenda hilera de camiones abarrotados de hombres armados, sin idea cierta de lo que iban a hacer ni de con quién habían de luchar. Aquella cuantiosa columna se iba nutriendo con los reaccionarios de cada pueblo y de ella formaba parte hasta un coche ocupado por monjas, que, al gritar a su paso por los pueblos “Viva la España nueva”, ponían la nota cómica al desbarajuste reinante. La caravana salió de Soria la tarde del 21 y siguió con tremenda lentitud su ruta. El 22, la monstruosa columna facciosa, cada vez más numerosa, entró desde Barahona, por Paredes, en tierras de Guadalajara.

³ Dos oficiales de ingenieros consiguieron, después de varias peripecias y fingiéndose por todos los sitios donde pasaban leales, llegar a la provincia de Soria y establecer contacto con la columna de Mola que llegó al día siguiente.